media columna

Joan Teixidor

XAVIER BRU DE SALA

En una brusca reacción, como cuando a principios de siglo en pintura se pasó del Carnaval del impresionismo y del fauvismo a la Cuaresma del cubismo según frase que hizo fortuna, hemos visto que la poesía catalana en manos de los más jóvenes ha cambiado de orientación y de métodos en estos últimos tiempos. No quiero saber dónde corresponderían Carnaval y Cuaresma en este caso, pero es innegable que el primer gesto de Pere Gimferrer ya ha dado sus frutos en otros poetas de su generación que vienen a formar como una nueva pléyade que se nos muestra poderosa y segura de sí misma. Después de la ilusión de una poesía social, directa y moralmente comprometida, imaginando consecuencias extraliterarias, estos nuevos poetas vuelven a cauces más antiguos, al juego eterno de la palabra y de la imagen, a un cierto intimismo o al menos a una manera intimista de ver el mundo y sus problemas. Ya sus preferencias literarias nos ponen en la pista de su polémica actitud. Se reclaman sucesores de Ausiàs March y de J. V. Foix y, más inmediatamente, de Joan Brossa, este poeta que de una forma tan injusta como lógica fue excluido de la famosa y programática antología de Castellet y Molas.

Xavier Bru de Sala es uno de estos jóvenes que vienen a garantizarnos la vitalidad de nuestra poesía. Ha publicado en este año dos libros a mi modo de ver admirables: «La fi del fil», que obtuvo el Premi Carles Riba 1972, y más recientemente «Les elegies del marrec». Aquella seguridad que señalábamos es en su caso impresionante, el gusto por la palabra casi vicioso y el juego y el azar llevados hasta el límite. Y también la angustia y el estupor, la soledad y el canto.

Joan Anton Benach

MIQUEL ANGEL RIERA, PREMIO SANT JORDI 1973

"La novela es para mí una investigación en torno al hombre"

En el 72 la fiesta se había ido a Tarragona. La fiesta, esta vez, se ha producido en Vic. Algunos se interrogan: «¿Estamos purgando la mala conciencia centralista del "Cap i casal"?». El pensamiento rebrota periódicamente y se marchita con la misma regularidad cíclica con que aparece. Ahora está de capa caída otra vez. Respiremos.

Puesto que, al parecer, faltan medios (?), personas y perspectivas capaces de conjugarse en la explotación de las posibilidades promocionales de un acto literario como el de la «Nit de Santa Llúcia», creo que es indiferente que éste se celebre en Vic, en Barcelona o en el Masnou. En realidad la pequeña especulación sobre el centralismo o descentralismo que pueda reflejar una fiesta literaria reinante esconde la confusión de identificar uno de los capítulos teóricamente centrales de la vida cultural catalana, con una estricta producción cultural. Probablemente tenemos una tendencia desmesurada en equiparar la salud de nuestras letras con las manifestaciones sociales, más o menos espléndidas, más o menos populares, que aquéllas pueden suscitar. Indudablemente, siempre será mucho más significativo y rentable el balance y la valoración periódicos de lo que literariamente produce el país.

El Carles Riba, el Victor Català y el Folch i Torres

No queremos aventurarnos aquí en esta difícil exploración. Sólo daremos una breve referencia de los premios «menores» de la última «Festa Literària de la Nit de Santa Llúcia» —antes de atender a las opiniones del ganador del Sant Jordi— y de una de sus notas destacadas que se comentarían antes y después de la reunión de Vic. Me refiero a la presencia de nombres «consagrados» en la relación de optantes a dichas distinciones. Mientras unos hablan del *riesgo* que tales autores arrostraban al concursar, otros se referían al acaparamiento de galardones —en cierto modo desconcertante— que parecían perseguir, mientras que unos terceros aplaudían aquella presencia que, a fin de cuentas, prestigia el cartel de «Santa Llúcia».

En este orden de cosas no estaba fuera de lugar la cuestión de si es normal que un poeta que está editando su obra completa concurse al Carles Riba. En este caso la normalidad puede, efectivamente, discutirse; la lógica del desenlace se vio corroborada por el fallo del jurado: ganó Agustí Bartra, con *Els himnes*, sin que aquí pudiera hablarse de ganas de acaparar nada. El muy joven y muy conocido Ramon Pinyol quedó finalista con *Foc al timbal*.

No ganaría, en cambio, el Víctor Català, Vicenç Riera Llorca, que tiene en su haber varios premios grandes; quedaría finalista con *Situacions precàries*, cediendo el primer puesto a *Atrafegada claror*, de Jaume Cabré. El Víctor Català acostumbra a ser el primer escalón para empeños narrativos de mayor envergadura, y de ahí que se hablara con profusión de matices sobre este resultado.

Miquel Angel Riera.

Anna Murià, la mujer de Bartra, ganaría el Folch i Torres con *El maravellós viatge de Niko Ueti a través de Mèxic*. Menos significación tenía en este punto el hecho de que Estanislau Torres quedara finalista con *L'albera*. La literatura infantil y juvenil se halla tan desguarnecida que el concurso de nombres de todos los calibres resulta perfectamente justificado y elocuente.

Miquel Angel Riera, mallorquín, premio Sant Jordi

Ganó el Sant Jordi Miquel Angel Riera, de 43 años, licenciado en Derecho y natural de Manacor. La novela ganadora: *La casa encesa*. Resultó finalista Lluís Utrilla con *Una llosa de marbre negre*. De Miquel Angel Riera la Biblioteca Raixa ha publicado hace unos meses su primera novela, *Fuita i martiri de Sant Andreu Milà*. Con más apresuramiento del que hubiera deseado hablé con el autor por teléfono.

—¿Qué supone para usted la literatura? ¿Una afición? ¿Su segunda profesión? ¿Aspira a vivir exclusivamente de sus libros?

—En modo alguno la literatura es para mí una simple afición. Tampoco una profesión, claro. Por encima de todo, la literatura es para mí un medio de aprendizaje, un medio de investigación para esclarecer cuanto se halla en torno a mí mismo y especialmente todo aquello que gira alrededor del hombre. De otra parte escribo habitualmente, constantemente; para mí es lo más importante. De todas formas no quiero fijar un rendimiento monetario a mi trabajo para sentirme absolutamente libre de toda contaminación o servidumbre económica. Para mí escribir es una cosa muy seria.

—¿Hace tiempo que escribe?

—Treinta años, es decir, desde siempre. Más poesía que otra cosa. He estado sometido en este trabajo a un vaivén idiomático considerable. Empecé utilizando el castellano, después el catalán, reincidí en el castellano y ahora escribo decidida, «rabiosamente», en catalán, con una conciencia muy viva de que he de contribuir así a la defensa de nuestra propia cultura.

—Si no me equivoco en 1973 ha aparecido su primera novela. ¿Se considera vinculado al resurgir —por decirlo en términos usuales— de la «nueva narrativa mallorquina» que se registra en esta hora?

—Personalmente, humanamente, me siento, en efecto, muy vinculado a los escritores de mi país. Ahora bien: creo que está todavía por definir la característica general de la literatura insular de hoy... No se ha hecho aún un balance preciso de esta literatura. En ella se advierte, quizás, una tolerancia a la evasión por vía de la magia. Ya sabe, esta cosa que se ha denominado el «realismo mágico». A mí me interesa el realismo, siempre y cuando esté basado de una forma obsesiva en una temática radicalmente humana. Si me pregunta por nombres concretos que destacaría, le diré que ésta es una cuestión para mí muy comprometida. Me siento decididamente ligado a todos aquellos autores que, como yo mismo, intentan hacer de la literatura un aprendizaje en torno al hombre.

—¿Le interesan, se siente influido